

Dos revoluciones, un triángulo. Moscú, el Vaticano y México, 1922-1929

Jean Meyer*

En contra de lo que se afirma muy ligeramente, a saber, que uno encuentra lo que busca, a veces uno se pone a buscar lo que encuentra. Así, trabajando temas de la historia soviética, a mil millas de pensar en México, me topé, hace unos meses, con personajes para mí relacionados, en una vida anterior, con la historia de México, con el conflicto entre la Iglesia y el estado, con los arreglos de 1929. Eso me llevó a preguntarme si podía existir alguna relación entre dos cadenas de acontecimientos muy separados, la revolución mexicana, la revolución soviética, o por lo menos si, para un tercer actor colectivo, la Iglesia católica, sus experiencias con una y otra revolución, no habrían tenido cierta influencia, así como la experiencia de sus agentes, más aún cuando el mismo agente pasaba a trabajar de un campo revolucionario al otro.

John Reed nos precedió en ese camino. Atraído por la revolución mexicana, lo fue luego por la revolución bolchevique y, en Moscú, alguna vez representó al Partido Comunista Mexicano; nos pondremos por lo tanto bajo su amparo y protección. Los contemporáneos, europeos y norteamericanos, no dudaron, muchas veces, en ver en México un país de “bolcheviques”, así por ejemplo el embajador norteamericano J. Rockwell Sheffield, así como muchos católicos. Cuando el presidente

Calles tomó posesión y más aún cuando en la segunda mitad de 1926 arreció el conflicto en la Iglesia católica y llegó el primer embajador soviético a México, la famosa Alejandra Kolontai, eso llegó a ser un lugar común. De 1926 a 1929 el conflicto religioso siguió su camino bélico y diplomático, México y Roma siguieron enemistados, mientras que en el mismo lapso, por lo menos oficialmente, Moscú y México siguieron en buenos términos, hasta la ruptura de 1929, determinada por el giro decidido por el Komintern frente a México. Es curioso ver cómo, después de haber sido durante unas semanas el único gobierno que peleaba a la vez con Roma y con Moscú, México afirmaba los “arreglos” con la Iglesia, a la hora de confirmar su ruptura con los comunistas...

Así que el primer embajador soviético llega a la hora de la ruptura con Roma, y la crisis con Moscú precede por poco el regreso del delegado apostólico. (En enero de 1930 el gobierno de México decidió suspender sus relaciones diplomáticas con el gobierno de la URSS.)

Mi arriesgado discurso va a presentar dos tópicos: el cisma fomentado por el poder soviético dentro de la Iglesia ortodoxa rusa (IOR), a partir de 1922, y el cisma fomentado por el gobierno mexicano adentro de la Iglesia católica, a partir de 1925. El primero llevó al metropolitano Sergio a hacer acta de sumisión en 1927; el segundo llevó al gran enfrentamiento de 1926-1929 en México. El otro tópico es la búsqueda de un *modus vivendi*

* CIDE (Centro de Investigación y Docencia Económicas).

di (locución romana) por Roma con el poder bolchevique entre 1922 y 1927, y con el gobierno mexicano entre 1926 y 1929. Así como el patriarca Tijón y luego el metropolitano Sergio pueden ser comparados a los arzobispos Ruiz Flores y Pascual Díaz, así la declaración de Sergio (1927) puede ser comparada a los “arreglos” de 1929: en ambos casos la amargura y el desacuerdo fueron muy fuertes entre la jerarquía y los fieles. En la virtual relación triangular entre Moscú, México y Roma, encontramos los mismos actores, cada uno en su nivel respectivo: el papa Pío XI, el secretario de estado Gasparri y el padre Edmund Walsh S.J., hombre de confianza del Papa, tanto en Rusia como en México.

El cisma

Hay que recordar que los bolcheviques y ciertos revolucionarios mexicanos compartían el mismo anticlericalismo (aunque el odio a todas las religiones era mucho más común entre los revolucionarios rusos que entre los mexicanos), por eso no debemos sorprendernos cuando encontramos los mismos conceptos, las mismas palabras en boca del secretario de Gobernación Adalberto Tejeda y en boca de Nadezhda Krupskaya, la esposa de Lenin: “la profesión clerical es tan inmoral como la de dentista o de prostituta, por eso debemos reglamentarla”, dijo Tejeda en 1926. La Krupskaya quería poner los artículos antirreligiosos del código penal entre los que prohibían la prostitución y la pornografía.

El cisma en Rusia

En la primavera de 1922 un grupo de sacerdotes ortodoxos, apoyado por el OGPU, desconoció a la jerarquía, después del arresto del patriarca Tijón, y proclamó su identificación con la revolución bolchevique. Manipulado e instrumentalizado por los comunistas, el movimiento “Renovador” se desarrolló rápidamente y formó la “Iglesia Viva” (Zhivaya Tserkov), la única reconocida por el poder soviético entre 1922 y 1927. Esa Iglesia tuvo una verdadera base eclesiástica —como la tuvo la Iglesia constitucional en tiempos de la re-

volución francesa—: en su apogeo de 1925 pudo contar con 11,000 sacerdotes y 95 obispos. Se trataba de un movimiento clerical radical, que opuso un buen número de sacerdotes a los obispos. Los comunistas habían sabido fomentar una “lucha de clases” entre el clero “blanco” y el “negro”, entre el proletariado de los curas casados y la élite de los obispos y de los monjes: los obispos son reclutados exclusivamente entre los monjes porque para ellos el celibato es obligatorio. Esa Iglesia, que se proclamaba “democrática”, afirmaba su voluntad de volver al cristianismo primitivo, creía encontrarse políticamente representada por el gobierno comunista. Muchos sacerdotes la siguieron porque había retomado el programa reformador del Concilio de 1917, pospuesto *sine die* por la revolución de octubre. Muchos eclesiásticos creyeron en la sinceridad del apoyo soviético y que esa alianza era la única manera de lograr la permanencia de la Iglesia. En el mismo tiempo los obispos no cismáticos eran arrestados o fusilados, como el metropolitano de Leningrado, Benjamin (junio de 1922).

Tan pronto como el 29 de junio de 1927 el metropolitano Sergio, *locum tenens* del difunto patriarca Tijón, se decidió a hacer una declaración de fidelidad y de lealtad al poder soviético, el poder cambió de línea. Al día siguiente, Sergio fue liberado y la Iglesia Viva abandonada a su destino. Los laicos no habían seguido a unos sacerdotes que consideraban como cismáticos, y tan pronto como los templos fueron devueltos a la iglesia oficial, la de Sergio, los volvieron a llenar. Sin el apoyo del estado el cisma quedó limitado a algunas parroquias en las grandes ciudades. Como los curas constitucionales de Francia, los “renovadores” no se salvaron a la hora de la gran persecución religiosa. Deportados, murieron en los campos de trabajo o fueron fusilados como los demás.

El cisma ruso, si bien no entristecía a una Roma que veía en el derrumbe de la IOR el prelude de la reunificación de los ortodoxos con los romanos, despertó la excelente memoria histórica de sus dirigentes: el fantasma de la revolución francesa y de un cisma que duró hasta que Napoleón firmara con Roma su concordato. Por eso, Roma prestó una atención extrema al cisma mexicano.

El cisma en México

No voy a repetir lo que escribí en *La Cristiada*.¹ En febrero de 1925, la CROM, para debilitar a la Iglesia católica, emprendió la creación de una Iglesia Católica Apostólica Mexicana, también llamada Iglesia Ortodoxa Mexicana, encabezada por el "patriarca". El patriarca Joaquín Pérez, sacerdote de 74 años, fue consagrado en octubre de 1926 (a la hora de la ruptura final entre el gobierno y la Iglesia católica) como "Primado de los Viejos Cristianos para América del Norte", quizá por dos obispos ortodoxos venidos de Estados Unidos y Canadá: "a río revuelto ganancia de pescadores"; en Rusia, el obispo jesuita Michel d'Herbigny, quien había conservado con interés el cisma de los "renovadores" (en 1925 asistía a su Concilio), intentaba fundar una Iglesia católica; ¿por qué no habrían de intentar los ortodoxos lo mismo en México? A diferencia de Rusia, el cisma no prosperó; nunca pasó de 13 sacerdotes, pero eso fue suficiente para preocupar a la jerarquía, a Roma y a los laicos que reaccionaron con la fundación de la beligerante Liga Nacional para la Defensa de las Libertades Religiosas. Empezaba la marcha a la Cristiada, como bien lo adivinó el lúcido general Obregón. Cuando en 1926 Roma le prohibió a la jerarquía mexicana aceptar la llamada Ley Calles, lo hizo porque veía en la obligatoria inscripción de los sacerdotes en la secretaría de Gobernación, la repetición de la historia soviética: el poder da el registro únicamente a los sacerdotes cismáticos y no confía templo alguno (propiedad de la nación) sino a dichos sacerdotes.

En sus diversos manifiestos, el patriarca Pérez, como los "renovadores" rusos, insistió siempre sobre su patriotismo y su lealtad hacia la revolución: "la ICAM se someterá siempre respetando las leyes" (14 de marzo de 1925: telegrama al presidente Calles). Si bien el cisma falló, vale señalar que una descendencia muy lejana, pero bastante importante de dicho movimiento, es la "Luz del Mundo".²

En marzo del mismo año los gobernadores de Tabasco, Garrido Canabal, y de Aguascalientes, Elizaldé, intentaron implantar la ICAM en sus estados pero no fueron más exitosos que la CROM

en el DF, lo que sí lograron fue sembrar la confusión en el bando revolucionario³ y la alarma entre los católicos que se agruparon en la Liga.

La búsqueda del *modus vivendi*

Roma y Moscú

Los papas Benedicto XV y Pío XI (1922-1939) manifestaron el mayor interés para los asuntos rusos y soviéticos, viendo en la revolución, o mejor dicho en la desaparición del zarismo, una oportunidad para poner fin al "gran cisma" entre ortodoxos y católicos. Los bolcheviques captaron bien esa esperanza romana y supieron cultivar su ilusión, por lo menos hasta 1927, mientras les fue útil. Dejaron entrever al Vaticano la posibilidad de firmar un concordato. En su deseo muy fuerte de lograrlo, condición *sine qua non* (pensaba Roma) para la expansión del catolicismo en Rusia, sobre los escombros de la IOR perseguida y debilitada por la Iglesia Viva, Roma estaba dispuesta a la mayor indulgencia, a todas las paciencias hacia la URSS. No se inmutó cuando las iglesias católicas de Leningrado fueron cerradas en 1922, tampoco el año siguiente cuando el vicario general católico Budkiewicz fue sumariamente condenado a muerte y ejecutado; cuando el arzobispo Cieplak y el exarca Federof fueron condenados y encarcelados; tampoco cuando un segundo proceso decapitó a la pequeña comunidad católica de Moscú. Ciertamente, en aquella última ocasión, el Papa se había decidido a condenar explícitamente el comunismo (alocución consistorial del 18 de diciembre de 1924), pero tres semanas después le ordenaba al nuncio en Berlín, el futuro Pío XII, abrir negociaciones con los soviéticos. Roma, tercamente, entre 1921 y 1929 buscó el reconocimiento de la libertad de conciencia, de culto y de educación religiosa.

El papa Benedicto XV no juzgó oportuno volver a hacer el proceso del socialismo o condenar la revolución bolchevique. El 5 de agosto de 1921 llamó al mundo a ayudar a los rusos golpeados por una terrible hambruna. Roma mandó a Rusia al jesuita Edmund Walsh para organizar la



ayuda. Walsh, en 1922, pasó por Roma a informar sobre la situación antes de ir a Washington para preparar con Herbert Hoover un acuerdo de cooperación entre las dos misiones de socorro, la vaticana y la norteamericana. El 19 de marzo de 1922 se había firmado el acuerdo entre Roma y Moscú autorizando la entrada de la misión romana (el padre Walsh y doce religiosos) y el establecimiento de cinco centros de auxilio que funcionaron hasta septiembre de 1927.

En el mismo momento la diplomacia vaticana ayudó a los soviets a salir de su aislamiento; en la conferencia de Rapallo se armó un escándalo cuando monseñor Pizzardo ofreció una rosa roja al secretario de Estado Chicherin; en la conferencia de Génova, el encuentro entre los diplomáticos soviéticos y romanos molestó sobremedida a varios gobiernos europeos y destató a la opinión pública católica (abril-mayo de 1922). De hecho, como lo notaba un observador, E. Despréaux,

...más sinceramente que las potencias temporales, Roma tomó partido por el orden existente en Rusia [...] la política pontificia en la URSS se encuentra en su estadio activo. Se inspira en principios interesantes. Primero, la lealtad y la neutralidad hacia el poder, acompañadas de un ofrecimiento de colaboración de carácter internacional [...] Es imposible considerar como un hecho insignificante esa comprensión, ese espíritu de paz y de fraternidad que el papado manifiesta hacia la nueva Rusia.⁴

El padre Walsh asistió al nacimiento y al desarrollo de la Iglesia Viva, también a la persecución de los ortodoxos y de los escasos católicos rusos; estuvo presente en el proceso del pobre Budkiewicz, y multiplicó los intentos para lograr algo. En vano. Sus informes lúcidos sobre las negociaciones perseguidas entre 1922 y 1927 no dejan la menor duda. Las negociaciones secretas entre el nuncio Pacelli, Chicherin y sus subordinados no fueron más exitosas. En octubre de 1927 el nuncio entregó al embajador soviético un último memorándum para un *modus vivendi* (término utilizado) sobre el eventual nombra-

miento de obispos católicos en Rusia. Quedó sin contestación. Para esa fecha Moscú no necesitaba ya ni de los renovadores, ni de Roma: había domado la resistencia de la IOR, el metropolitano Sergio se había inclinado. En diciembre de 1927, Roma tuvo que reconocer la realidad y decidió suspender toda negociación mientras durara la persecución religiosa.

Roma y México

Desde los años del presidente Carranza, Roma venía buscando un *modus vivendi* en México, creía estar a punto de lograrlo, cuando cayó Carranza. El presidente Obregón no estuvo lejos de entablar relaciones diplomáticas con el Vaticano, por eso Roma, por boca del cardenal Gasparri, secretario de Estado, criticó la "incorrección", el "exceso inoportuno" de los obispos mexicanos en los asuntos del Cubilete (1923), del Congreso Eucarístico (1924) hasta el grado de prohibir a los católicos mexicanos toda actividad política.⁵ A cambio, el presidente Obregón autorizó la presencia de un delegado apostólico en México: en caso de dificultad grave, no se lo expulsaría, sino que se pediría su retirada. Roma, por su parte, se comprometía a proveer las sedes episcopales vacantes sólo con eclesiásticos alejados de las luchas políticas.⁶ Todo marchaba bien, hasta que sobrevino el cisma de febrero de 1925, para el enojo del general Obregón.

A la hora de la ruptura de 1926, el diplomático francés Ernest Lagarde pudo observar: "El Vaticano deseaba el apaciguamiento [...] se inclinaba a una política de contemporización, de arreglo tácito". "Le temía al cisma [...] por esas razones, la Curia lamentaba que el clero mexicano, ligero y batallador, en lugar de buscar junto con los poderes públicos un acomodo de hecho, se mantuviera en una hostilidad abierta."⁷ Es cierto, Roma buscó siempre este acomodo de hecho, lo consiguió con los "arreglos", con el *modus vivendi* de junio de 1929, cuya aplicación se suspendió entre 1932 y 1938, años durante los cuales le costó trabajo al Vaticano imponer a los mexicanos la obediencia y la resignación.

El cardenal Gasparri, el mismo de los encuentros con Chicherin en Génova, tuvo un papel de-

cisivo en la definición y mantenimiento de esa línea. Estuvo en contra de la suspensión de los cultos y en contra de la lucha armada de los cristeros. Buscó siempre los arreglos y mandó en 1927 al padre Edmund Walsh a negociar; luego, otra vez en 1928, cuando aquél elaboró un memorándum con el diplomático chileno Miguel Cruchaga, especialista en mediaciones internacionales. Con base en ese memorándum, el embajador Morrow pudo trabajar con México y Roma hasta lograr los arreglos de 1929. En dichos arreglos, el padre Walsh, para entonces rector de la universidad de Georgetown, tuvo un papel decisivo. Después de escucharlo, Pío XI lo mandó a Washington para entrevistarse con Morrow y luego con los preladados mexicanos Pascual Díaz y Ruiz Flores. Participó en las últimas negociaciones en México, manteniéndose en contacto permanente con Roma.⁸

Los arreglos se concluyeron prácticamente cuando se estaba terminando de consumir la ruptura entre México y Moscú, cuando el ejército federal estaba fusilando al líder comunista agrario de Durango, Guadalupe Rodríguez.

Conclusiones

El 16 de agosto de 1928 el embajador Morrow decía por teléfono a su secretario de Estado que el gobierno mexicano “sólo tenía dos organismos a los que combatir: los soviets y el Vaticano”.⁹ En 1929 la guerra cristera terminaba con los arreglos y Roma empezaba a experimentar un *modus vivendi* que tardaría en dar sus frutos. En el mismo momento terminaba la paciencia romana para con la URSS. Habría que esperar treinta años para un segundo intento de “Ostpolitik”.

Observación núm. 1: el 29 de junio de 1927, el metropolitano Sergio afirma la lealtad de la IOR hacia el poder soviético. Unos días después, el arzobispo Ruiz y Flores declara al *New York Herald* que “los ciudadanos católicos de mi país, cuya fe y patriotismo no se puede poner en duda, aceptarán sinceramente cualquier arreglo entre la Iglesia y el gobierno”.

Observación núm. 2: ¿qué se puede decir de la paciencia y de la diplomacia romana? ¿Que es

realista, cínica? Hay que recordar que Roma ha manifestado siempre una desconfianza muy fuerte hacia el empleo de la violencia en política. Para mayor escándalo de muchos católicos, no apoyó ni a los polacos, ni a los irlandeses cuando tomaron las armas contra los rusos y contra los ingleses. Tampoco vio con simpatía a los cristeros.

Su búsqueda del *modus vivendi* fue característica del pontificado de Pío XI, en el marco de su diplomacia concordatoria. Logró trece concordatos y otros tantos acuerdos más limitados, entre los cuales uno con Francia (en 1926: al mismo tiempo prohíbe, bajo sanciones religiosas, a los católicos franceses militar en la Acción Francesa, movimiento de derecha antirepublicano), y un *modus vivendi* (2 de febrero de 1928) con el gobierno anticlerical de Checoslovaquia. En 1929 se firman el concordato con Prusia y los famosos acuerdos de Letrán con Italia (11 de febrero) ponen fin a un conflicto viejo de 70 años.

Realmente, el único fracaso ocurrió frente a la URSS. Los católicos mexicanos pensaron que los arreglos habían sido un fracaso, algunos llegaron a creer que había sido una traición, que los dos preladados habían engañado al papa. Los acontecimientos ulteriores le dieron razón al cardenal Gasparri, al padre Walsh y a sus aliados mexicanos. Así como Roma condenó la acción francesa, condenó a la Liga, cuando aquella no aceptó el *modus vivendi*.

Ciertamente, en esos años, 1932-1938, el gobierno mexicano había dejado de aplicar los arreglos, pero el Vaticano no varió en su línea. Lo único que hizo el papa fue manifestar su amargura, su cruel decepción (encíclica *Acerba Animi*, 29 de septiembre de 1932); pero al mismo tiempo prohibía a los católicos cualquier movimiento armado. Tanto en Rusia, como en México, Roma no creía en el beneficio de una nueva revolución. Pensaba que había que adaptarse a las circunstancias para modificar y reformar poco a poco el régimen, a través de un *modus vivendi* practicando la “ciencia de perder ganando”.

Frente al poder soviético, Roma manifestó la misma paciencia. Tardó hasta 1937 para condenar el comunismo en la encíclica *Divini Redemptoris*. Luego retomaría su labor con la *Ostpolitik* de monseñor Casaroli. Tanto en México como en

la URSS, fue capaz de subordinar sus escrúpulos ideológicos y políticos a su proyecto a largo plazo: conseguir el *modus vivendi* que permitiría, en México, conservar su identidad católica y en Rusia lograr la implantación, preludio a la terminación del gran cisma.

Observación núm. 3: el cisma. La memoria eterna de la Iglesia romana hizo que tomara muy en serio la tentativa cismática mexicana. Le remitía a los peores momentos de la revolución francesa, como preámbulo a la descristianización violenta; además estaba asistiendo, en primera fila, a los efectos del cisma fomentado por los bolcheviques contra la IOR. Eso me lleva a un breve comentario. En su eterna ilusión de que sería muy fácil acabar con la división entre cristianos, de no ser por la resistencia de la jerarquía ortodoxa, Roma no resistió a la tentación de aprovechar la trágica situación de la IOR para implantar su propia

jerarquía. Poco antes de sufrir el martirio, el metropolitano de Petrogrado, Benjamin, dijo a un jesuita: "Ustedes nos prometen la unión [...] y a la vez sus sacerdotes latinos, a nuestra espalda, siembran la devastación en nuestra grey."¹⁰ Me cuesta trabajo resistir a la tentación de creer en el rumor de la consagración del patriarca Pérez por dos obispos ortodoxos... ¡Pagar a Roma con la misma moneda!

Finalmente subrayo la presencia de los mismos actores en la diplomacia romana en los dos países, hasta de actores muy secundarios como el jesuita canadiense Ledit, expulsado de Leningrado en 1926, luego presente en México y autor de un libro sobre el sinarquismo; como Francis McCullagh, autor de *The Bolshevik Persecution of Christianity* (Londres, 1924) y de *Red Mexico, a Reign of Terror in America* (New York, Montreal, Londres, 1928).

Notas

¹ Jean Meyer, *La Cristiada*, México, Siglo XXI, 14a. ed. 1996, t. II, pp. 148-158.

² Renée de la Torre, *Los hijos de la luz*, Guadalajara, ITESO/CIESAS, 1995.

³ Álvaro Obregón le escribió el 7 de abril al presidente Calles: "Mi querido amigo: Cuando la prensa dio cuenta de las primeras manifestaciones del movimiento cismático [...] no le di importancia a este incidente ni creí que pudiera tenerla, pero [...] he reparado un poco mi atención y [...] he llegado a suponer que reviste alguna trascendencia política este asunto y he querido, haciendo honor a la sinceridad que mutuamente nos debemos, presentarle mis puntos de vista...". En Jean Meyer, "Calles o la decisión", *Boletín del Fideicomiso Archivos P.E. Calles y F. Torreblanca*, núm. 26, septiembre, 1997, p. 19.

⁴ E. Despréaux, "La papauté et l'URSS", *Le Monde Slave*, octubre 1926, pp. 9-11.

⁵ Encíclica *Paterna Sollicitudo Sana*, 2 de febrero de 1926.

⁶ Julio Madero, embajador mexicano en Italia y cardenal Gasparri, intercambio de cartas del 5 de septiembre y 25 de octubre de 1924.

⁷ Páginas 15, 16 y 17 del Informe Lagarde, 18 de septiembre de 1926. Correspondencia diplomática, México. Archivos del Ministère des Affaires Étrangères, París.

⁸ NAW, DSR 404/93/11/12. Walsh-Cruchaga memorandum a Morrow (noviembre, 1928).

⁹ NAW, DSR 812.404/903/4/5. Lane memorandum of telephone conversation with Morrow.

¹⁰ Germain Ivanoff-Tridtnatzaty, *L'Eglise russe face à l'Occident*, París, 1991, p. 119.

